

Pedro Henríquez Ureña, biógrafo de la Independencia

Jorge RUEDAS DE LA SERNA
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Entre las obras más conocidas de Pedro Henríquez Ureña no suele mencionarse uno de sus más importantes trabajos históricos, su excepcional contribución a la *Antología del Centenario*, que es, hasta el día de hoy, el panorama más amplio, y prácticamente el único, de la literatura mexicana de la época de la Independencia.¹

Al cuerpo de la *Antología*, propiamente dicha, Henríquez Ureña aportó, en el primer volumen, nueve de los trece estudios de autores seleccionados, más cuatro de los cinco en el segundo, es decir, Henríquez Ureña escribió trece de los dieciocho estudios de que consta la *Antología*. Si a esto sumamos el “Índice biográfico de la época”, de autores mexicanos (ciento noventa y cuatro autores), haciendo esta sola sección un total de doscientas veintiséis páginas, no cabe duda de que sobre él recayó el mayor peso de la obra y fue él quien realizó la mayor parte.

Fruto de esta investigación directa sobre los materiales de la época, fueron además dos ensayos innovadores: “La métrica de los poetas mexicanos en la época de la Independencia” y “Traducciones y paráfrasis de los autores mexicanos en la época de la Independencia”.²

Estas aportaciones revelan la clara idea de la crítica de Henríquez Ureña, partiendo de la investigación bibliohemerográfica y el rescate textual, para, en seguida, abordar el análisis propiamente literario, estético y formal. A esto apuntan los dos últimos ensayos mencionados. Téngase en cuenta que el análisis formal era inexistente en la crítica de la época, cuando se atendía sólo a los aspectos temático-ideológicos o a la simple versificación. Aunque más modernamente se han hecho trabajos muy meritorios sobre la literatura del periodo aquí estudiado.³

¹ *Antología del Centenario*. Estudio documentado de la literatura mexicana durante el primer siglo de Independencia (1800-1821). Obra compilada bajo la dirección del maestro Justo Sierra, por Luis G. Urbina, Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel. México, Imprenta de Manuel León Sánchez, 1910. 2 vols. (1a. reimpr. México, UNAM, 1985. 2 vols.)

² Jorge Ruedas de la Serna, “Dos ensayos de Pedro Henríquez Ureña sobre poesía mexicana de la Independencia”, en *Revista de Historia de América*, núm. 72, pp. 496-518. Estos dos ensayos fueron recogidos posteriormente en *Estudios mexicanos de Pedro Henríquez Ureña*, edición de José Luis Martínez. México, FCE/SEP, 1984. (Lecturas Mexicanas). En adelante citaremos estos dos ensayos por la edición de la *Revista de Historia de América*.

³ Sobre la época debe recordarse también el libro *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*, de Alicia Perales Ojeda, así como el libro de Ruth Wold, *El Diario de México*. Son muy importantes los trabajos de María del Carmen Ruiz Castañeda, particularmente para este tema “El *Diario de México* (1805-1817)”, en *El*

Pero comencemos por examinar la estructura de los acápite biobibliográficos de la *Antología*. Cada apartado se divide en una nota biográfica, una nota bibliográfica, la iconografía y el texto o los textos seleccionados.

La nota biográfica es justa y precisa, sin parcialidad alguna, atiende a los detalles de nacimiento, ascendencia, educación, cargos y distinciones, contingencias de la vida y pormenores del fallecimiento. En la nota bibliográfica se refieren, englobadas en conjuntos o particularizadas, las obras principales hasta entonces registradas de los autores. En seguida se enlistan las fuentes de consulta, mismas que constituyen los principales repertorios biobibliográficos existentes hasta entonces. Todo esto se complementa con referencia a la iconografía conocida del autor. A continuación viene una selección más o menos breve de la obra, según la importancia del autor.

Si se considera el número de autores antologados y el índice biográfico, se tiene idea del arduo trabajo realizado por Henríquez Ureña, en los pocos meses en que se preparó la obra. Con más de doscientos autores estudiados sólo por él, nos dejó el más importante panorama de la literatura y la cultura de la época de la Independencia en México. Ninguno de los otros dos coautores, Luis G. Urbina, que escribe el estudio introductorio, ni tampoco Nicolás Rangel, que escribe menos de la tercera parte de los estudios y apenas unas páginas del índice biográfico de autores extranjeros, se compara con el enorme esfuerzo realizado por el dominicano. En realidad fue él el principal autor de la *Antología del Centenario*, y nuestro humanista quedó en segundo plano, como era propio de su carácter.

Bien lo observó Jorge Luis Borges, y vale la pena recordarlo aquí, cuando, luego de la súbita muerte de don Pedro al subir a un tranvía de Buenos Aires, lo recordaba como alguien a quien se había tratado con injusticia, relegándolo siempre a un segundo plano. Era, decía Borges, adjunto de un profesor que sabía mucho menos que él. Pero él, escribe también Borges, era extremadamente cortés y profesaba el ideario de que “es innecesario fustigar el error, porque éste por sí solo se desbarata”.⁴

Cuando se publica la *Antología del Centenario*, Henríquez Ureña tenía veintiséis años de edad. Es de admirar la madurez crítica y la enorme cultura literaria que demuestra en esa obra, además de la profundidad de su estudio sobre la época, habiendo llegado a México sólo tres años antes.

Para sus numerosas biografías de hombres de la insurgencia o de la causa realista, Henríquez Ureña se vio beneficiado por su condición de dominicano, que le permitió tomar distancia del biografiado, fuese que perteneciera a uno u otro bando. Éste es el caso, por ejemplo, del realista Agustín Pomposo Fernández de San Salvador, a quien trata con igual objetividad y distancia que a todos los demás biografiados. Quizás donde se perciba diferencias es en relación con las obras seleccionadas, que suelen ser más extensas en autores de mayor importancia literaria como fray Manuel Martínez de Navarrete o, más todavía, en el caso de José Joaquín Fernández de Lizardi.

A diferencia de la mayor parte de los repertorios biográficos del siglo XIX o aún de principios del XX, la selección de los biografiados no obedeció a preferencias ideológicas o partidistas. En aquéllas los personajes cuya vida se narraba se transfiguraban en

periodismo en México: 500 años de historia. Marcelino Menéndez Pelayo hizo la crítica de algunos de estos poetas en su *Antología de poetas hispanoamericanos*.

⁴ Jorge Luis Borges, “Prólogo” a *Obra crítica de Pedro Henríquez Ureña*, p. VIII.

próceres o mártires, y más que biografías se convertían en panegíricos. Ese matiz está ausente de las biografías de la *Antología*. Por eso, en su conjunto, esta obra responde a una nueva visión historiográfica. Pareciera consistir en que, independientemente de la temática tratada, las obras incluidas apuntan a concebir la literatura como una institución social que va ganando espacio al irse constituyendo el nuevo país, lo cual sin duda representa un avance crítico muy importante. Ya no interesaría tanto un discurso americanista o nacionalista, sino más bien la emergencia de una literatura como un medio eficaz de comunicación, aunque reviviera temas y tópicos europeos o, al contrario, volviera la mirada a los aspectos nativistas. En esta *Antología* se hace dialogar a los insurgentes y a los realistas, a los francmasones y a los católicos, a los conservadores y a los liberales, todos ellos empeñados en crear y servirse de una literatura, para comunicarse con sus paisanos.

Si ésta fue la intención de los antologadores, y, al menos, esto se desprende de la lectura de la obra, se habría dado un importante paso para sentar las bases de una nueva historia literaria. Lamentablemente el proyecto habría naufragado con la Revolución. Después de la cual, el periodo en el que se centra esta obra cayó en el más completo olvido.

Estudios críticos

Los dos ensayos de Henríquez Ureña que siguieron a la *Antología del Centenario*, “Traducciones y paráfrasis de los autores mexicanos en la época de la Independencia” y “La métrica de los poetas mexicanos en la época de la Independencia”, datan de 1913. El primero fue publicado en los *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*,⁵ y el segundo, como discurso de recepción de socio de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, en el *Boletín* de esa Sociedad.⁶ En ambos ensayos el autor emprendía estudios histórico-críticos inéditos en México. Las “traducciones y paráfrasis” plantean interesantes conclusiones sobre las numerosas versiones, especialmente de autores latinos, que eran publicadas por mexicanos en el *Diario de México* y en las *Gazetas* de Alzate. El latín seguía siendo la lengua culta, y no pocos se esmeraban en ostentar su dominio, traduciendo a los más famosos autores clásicos, Horacio y Ovidio en primer lugar. Pero los resultados eran muy desiguales. Hubo algunas, muy pocas, dignas de competir con las mejores traducciones españolas, como la que de las *Heroidas* de Ovidio hizo el padre Anastasio de Ochoa y Acuña, superior según algunos a la del andaluz Diego Mejía de Fernangil; y otras, bastante deficientes. Entre estas últimas se hallaba la que de los cuatro primeros libros de la *Eneida* hizo Carlos María de Bustamante y, según dice Henríquez Ureña, puso en prosa castellana, pero sin servirse del original latino, sino del francés, y se pregunta: “¿Cómo, pues, al dar a luz una versión de cuatro libros de la *Eneida*, para uso de escolares, a fin de facilitarles la inteligencia del texto virgiliano, declara Bustamante haberse servido de la versión francesa de Leblond, y sólo se le ocurre pedir perdón por no saber bastante francés?”⁷

⁵ México, 1913, tomo v, pp. 51-63 y 379-381.

⁶ México, enero de 1914, quinta época, tomo VII, núm. 1, pp. 19-28.

⁷ *Op. cit.*, p. 499.

Quizás, añade Henríquez Ureña, treinta años de intensas actividades políticas le habían hecho olvidar a Bustamante la práctica de la “lengua sabia”, pues se sabe que tuvo una buena formación de bachiller y que, según García Icazbalceta, se hizo simpático al virrey Azanza por una inscripción en latín... Pero, como si no bastara la pátina de latinistas, para afirmar su prestigio, aquellos escritores políticos, como el propio Bustamante, se beneficiaban de otro modo, dice Henríquez Ureña:

Pero nunca es en vano el trato con los grandes maestros; y Bustamante, de suyo escritor incorrecto y desordenado, aunque pintoresco y con sus puntas de imitador de Cervantes, logra en esta versión cierta dignidad de estilo que, si todavía queda muy lejos de Virgilio, está por encima de la forma usual en el autor del *Cuadro histórico de la revolución mexicana*. Hay en ella, sobre todo, un vago sabor arcaico que hace agradable la prosa considerada en sí misma...⁸

Agudas hipótesis deja aquí planteadas Henríquez Ureña, que sería preciso investigar más a fondo: la función de la pátina de cultura clásica como medio de ganar estatus político y social, de tan largo uso que, todavía a mediados del siglo XX, llevaba a un político brasileño a terminar sus discursos con el apotegma:

¡Renovarse o morir!
¡O tempora, o mores!

Y, al mismo tiempo, ese “vago sabor arcaico” proveniente de la retórica latina, que pesa tanto en nuestros prosistas y que cuesta mucho distender y aligerar, y que quizás no provenga tanto de la influencia directa de la lengua latina, sino a través de la retórica perifrástica y reverencial tan arraigada en la Colonia. Esta misma resistencia podría ayudar a entender, también, la poca familiaridad de los escritores de la época con la lengua inglesa, ya que, como señala el autor, son escasísimas las referencias existentes a traducciones del inglés, al punto de pensar que eran poquísimas las personas que hubieran conocido esa lengua, a pesar de la aparente cercanía con la América del Norte. Henríquez Ureña había tomado conocimiento casi por casualidad de una novela intitulada *Memorias para la historia de la virtud*, supuestamente traducida del inglés por su coterráneo Jacobo de Villaurrutia, cofundador del *Diario de México*. Supuso entonces que podía tratarse de una traducción de la famosa *Pamela o la virtud recuperada* de Richardson.

Tiempo después encontró la obra en el Mercado del Volador, y se percató de que más bien pudo haber sido una traducción de una de las muchas imitaciones de la *Pamela*, y cabría investigar de cuál de esas rarísimas novelas pudo ser traducida. Tampoco constaba que fuese traducida directamente del inglés o a través del francés.

Este distanciamiento de la lengua inglesa podría ser explicado hasta entonces por la política española de cerrar las fronteras a los sajones de Norteamérica. Pero las cosas empezaban a cambiar cuando los insurgentes se refugiaron en territorio norteamericano

⁸ *Ibid.*, p. 500.

o vivieron exiliados y preparando la revolución en Londres. Aun así, hasta la fecha hay en México resistencia para aprender la lengua inglesa.

El segundo ensayo, “La métrica de los poetas mexicanos en la época de la Independencia”, fue su discurso de recepción en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Es un rápido estudio de las formas métricas más usadas por los poetas del *Diario de México*, señalando como de mayor frecuencia el endecasílabo, de origen italiano, y el octosílabo, natural del español. Sin dejar de señalar los defectos más comunes, como el abuso de la sinéresis o los hiatos donde no proceden, también menciona los aciertos y los toques originales, que no todos los preceptistas sabían reconocer, incluyendo a Menéndez Pelayo.

Con la misma imparcialidad crítica que muestra en todos sus trabajos, elogia aquí a un poeta que le parece culto y brillantísimo, el militar realista granadino Ramón Roca, no obstante haber sido insultado y desdeñado por el bando independentista, particularmente por Carlos María de Bustamante y José María Luis Mora. Escribe don Pedro:

Este poeta, que supera en brillo y fuerza poética a cuantos escribían por entonces en México, nativos o europeos (si bien no posee las delicadezas de Navarrete ni el sentido clásico de Ochoa), escribió versos de arte mayor en lenguaje antiguo, tomando por modelo las hermosas pero falsas *Querellas* que se compusieron en el siglo XVII para hacerlas pasar como del rey Alfonso el Sabio:

A vos que acudido de heroica bravura,
muy más de que esquadras asaz favorito,
las nobles fazannas de tal aguerrido
cual Cid o Bernardo vos facen mesura:
a vos, renovando lejana escriptura,
cual vos el recuerdo de grandes cabdillos,
mi pénnola acata, y en metros sencillos
se postra a la vuestra perínclita altura.⁹

Es claro que Ramón Roca yace sepultado en el olvido, como la mayor parte de esos poetas estudiados y valorados por Henríquez Ureña. ¡Cuánto no habría hecho este gran maestro por nuestra historia literaria, de haber podido continuar sus investigaciones aquí! Él estudió el momento en que nuestra literatura nacional estaba naciendo, y reunía todos los requisitos para darnos los pormenores de ese alumbramiento: distanciamiento crítico, preeminencia de la visión estética, amplio conocimiento de la tradición clásica y de la literatura moderna y suficiente conocimiento de la historia.

Por lo tanto, al estar estudiando ese nacimiento, observando amoroso los primeros tropiezos de esa literatura, y encomiando también sus aciertos y lances primerizos, era su biógrafo y más que censor, un benigno preceptor, que era así como él entendía la crítica literaria.

⁹ *Ibid.*, p. 516.

Bibliografía

- BORGES, Jorge Luis, “Prólogo” a *Obra crítica de Pedro Henríquez Ureña*. Edición, bibliografía e índice onomástico de Emma Susana Speratti Piñero. Pról. de Jorge Luis Borges. México, FCE, 1981.
- MENÉNDEZ PELAYO, Marcelino, *Antología de poetas hispanoamericanos*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1893-1895. 4 vols.
- PERALES OJEDA, Alicia, *Asociaciones literarias mexicanas. Siglo XIX*. México, UNAM, Centro de Estudios Literarios, 1957; 2a. ed. UNAM, 2000 (Col. Ida y Regreso al Siglo XIX)
- RUEDAS DE LA SERNA, Jorge, “Dos ensayos de Pedro Henríquez Ureña sobre poesía mexicana de la Independencia”, en *Revista de Historia de América*, núm. 72. México, julio-diciembre, 1971, pp. 496-518.
- RUIZ CASTAÑEDA, María del Carmen, “El *Diario de México* (1805-1817)”, en *El periodismo en México: 500 años de historia*. México, EDAMEX, 1995.
- WOLD, Ruth, *El Diario de México*. Madrid, Gredos, 1970.